

es la lógica, de esta hipocresía que se expide á sí misma el título de la infalibilidad; ¡ah! cuán lejos nos hayamos de aquel mutuo respeto que suponiendo rectitud en todas las investigaciones, admite también el derecho de todas las convicciones y aun de todos los errores!" Así habla M. Scherer.

Permitaseme, antes de entrar en la discusión, desembarazarla de estas imputaciones que solo manifiestan el temor que se le tiene y no la prejuzgan sino para evadirla.

Me parece desde luego que tratar de hipocresía el lenguaje de las personas antes de que hayan hablado, es una mala condicion para reprocharles la falta del *respeto mutuo* que se les predica: la cólera tiene sin duda sobrado lugar para ser franca cuando somos acometidos en *el honor comun de todo el que lleva un corazon varonil*; (1) y si es permitido atacar en brecha esta *pie-dra angular de la humanidad que no se puede arrancar del mundo sin hacer estremecer hasta sus cimientos*, (2) debe serlo también ocurrir con ardor á defenderla. ¿Cómo? Este Jesus, en cuya fé y amor han descansado los siglos y que preside todavía á los destinos del mundo, que ha sido el inspirador de la civilizacion y de todas sus glorias, y que lo es aun de los mas grandes sacrificios y de las mas heroicas virtudes; este Cristo, consolador de todos los sufrimientos, salvador de todas las miserias, redentor de todas las servidumbres, á quien tiende sus brazos la humanidad entera suplicante y reconocida; este Dios de la patria y de la sociedad que se postran ante sus altares para ofrecerle sus votos y sus acciones de gracias, que es el juez de nuestras justicias y el fiador de nuestros juramentos, ante quien se inclina la fiereza de nuestras armas y se prosterna la majestad modelo del soberano. se le podrá escarnecer é insultar; se podrá decir de él que es un *cándido aldeano*, *el mas divertido de todos los rabinos*, cuyas parábolas *hormiguean en imposibilidades*, un *utopista*, un *visionario* un *anarquista*, &c., &c., en fin, un *loco* y un *impostor*; ¡se podrá decir todo esto, y nuestra sangre cristiana no podrá agitarse mas vivamente en nuestras venas! ¡y lo que se llama *el respeto mutuo* no nos permitirá calificar estas cosas con el único nombre que les es propio! ¡y las palabras de impiedad y de blasfemia que sino existieran seria necesario inventar expresamente para el caso deberán suprimirse en nuestra lengua! ¡y M. Renan ha de ser mas inviolable que el HIJO DE DIOS!!!

Yo tambien supongo de buen grado la rectitud en todas las investigaciones, y paso por el derecho de todas las convicciones; pero guárdeme Dios de pasar de aquí como vosotros al *derecho de todos los errores*, aun los mas subversivos y los mas sacrilegos con exclusion del derecho preeminente y sagrado de la verdad. Porque esto es lo que entendeis si entendeis alguna cosa por este derecho de todos los errores; porque en efecto, no se trata del derecho comun de explicarse, que gozais sin limites; sino de un derecho excepcional y anti-filosófico de no admitir discusión y de no ser juzgados. Esta inmunidad reclama en algun pasaje M. Renan cuando dice que la crítica es como el hombre espiritual de S. Pablo *que juzga y no es juzgado*. Pre-

(1) *Vida de Jesus*, introduccion pág. 59.

(2) *Vida de Jesus*, pág. 426.

tension monstruosa sino fuera todavía mas extravagante en aquellos que nos reprochan tan gratuitamente que *nos expedimos á nosotros mismos un título de infalibilidad*.

¡Fuera todas estas restricciones y excepciones que ponen en claro la miseria de una causa! ¡Paso á la discusión! ¡Paso á la verdad! No tenemos que juzgar al hombre; esto toca á otro tribunal: pero su doctrina está bajo el dominio de la crítica, de esa crítica con que ella se autoriza y de que tanto abusa en contra de nuestra fé.

Por lo demas, hemos creído deber reivindicar las franquicias y los ardores de la lucha mas bien que para nuestro uso, por el honor de los principios: porque nos creemos bastante fuertes para permanecer en calma, y hemos de aprovechar bastantes servicios de nuestros adversarios, para no ser con ellos hasta corteses.

CAPITULO II

LA CUESTION.

M. Renan ha prestado el primer servicio al Cristianismo exponiendo y agitando la cuestion religiosa que tan adormecida se hallaba en las conciencias, despertándola con el ataque y haciéndola vibrar en las inteligencias y en los corazones. ¡Ay, sin duda, *del hombre por quien viene el escándalo!* pero *es necesario que haya escándalos*, [1] pues el descuido y la indiferencia que vuelven la espalda á la verdad, son mas funestas que el combate que la hace ver de frente.

Entre las innumerables pruebas de la divinidad de nuestra fé, yo me siento particularmente impresionado por esta profecía que se hizo sobre el Niño-Dios: "He aquí que este niño ha sido puesto para caída y para resurreccion de muchos en Israel y para señal á la que se hará contradicción." (2) Profecía cuyo cumplimiento se realiza y se renueva en cada siglo con una fidelidad y sabiduria admirables, y siempre por medio de sus enemigos que son los primeros instrumentos de su triunfo. M. Renan en el siglo XIX, como Voltaire en el XVIII, como Socino, Arrio, Juliano, Celso y Marcion en los siglos anteriores, ha chocado contra este signo expuesto siempre como blanco á la contradicción, porque siempre la provoca por su santidad y siempre la vence por su verdad y su poder. *Bandera de nuestras contradicciones*, exclama el mismo M. Renan, *tu serás la enseña á cuyo derredor se comprometerá la mas ardiente batalla*, (3) para la ruina y la confu-

(1) Mat. c. 18, v. 7.

(2) Luc. c. 2, v. 34.

(3) *Vida de Jesus* pág. 426.

sion de tus enemigos, debiera haber añadido con la profecía y con la historia, así como también para despertar y resucitar á tus fieles.

Hé aquí pues, que JESUCRISTO, gracias á sus enemigos, otra vez vuelve á ser la cuestion del dia, tan viva, tan ardiente como no lo fué jamás entre los judíos cuando vivía sobre la tierra visiblemente, visiblemente, decimos, porque hoy no se halla menos presente en ella que lo estaba entonces; *la gran cuestion*, como la llama muy bien M. Renan; *el asunto mas grande que puede ocupar una pluma*, como igualmente lo ha dicho muy bien M. Scherer. Vemos en el Instituto, en la *Revista de los dos Mundos*, en los primeros artículos de los periódicos, en todas las conversaciones, llenando la atmósfera, esta cuestion por tan largo tiempo encerrada en los templos, y á todo el mundo, desde el filósofo y el magistrado hasta el ocioso paseante y la mujer frívola, en actitud de tomar parte y de votar de cualquiera manera en pro ó en contra.

¿Qué cuestion, en efecto, si se mide por sus consecuencias!

Jesucristo no es Dios, sino solo un hombre, y un hombre que ha engañado al género humano haciéndose tener por Dios; que ha arrojado á la humanidad á los lazos de una moral falsa, puesto que esta descansa toda entera sobre el amor exclusivo que se le debe tener, (1) sobre el menosprecio de sí mismo, la mortificacion, la crucifixion, la inmolacion de la propia persona. *Es un gigante sombrío que devora la vida en su raiz, reduciéndolo todo á un espantoso desierto; que ha hecho y que hace perecer todos los dias á millares de hombres por la falsa fé de su divinidad, y que esclaviza y degrada á la multitud por la supersticion de su cadáver pendiente de un patíbulo.*

Si Jesucristo no es Dios, nosotros recobramos la libertad de nuestras inclinaciones que ha contrariado, de nuestros ensueños de placer que ha prohibido, de nuestras idolatrías por las bellezas ó por las fuerzas de la naturaleza, que él ha echado por tierra: podemos levantar de nuevo los altares de Venus, y restablecer *las fiestas de Adonis, junto á la Santa Byblis y las aguas sagradas donde las mujeres de los misterios antiguos iban á mesclar sus lágrimas*: no tenemos ya que hacer cuenta de los pobres y desgraciados cuya causa defendió, y podemos restablecer la esclavitud por el derecho natural y social de la guerra, de la fortuna ó del interes que coloca las dos terceras partes del linage humano bajo la forzosa dependencia de la otra tercera.

Si Jesucristo no es Dios, es necesario hacer de nuevo el sermón de la montaña y las ocho bienaventuranzas, diciendo: Bienaventurados los ricos, bienaventurados los que rien, bienaventurados los fuertes, bienaventurados los que no tienen cuidado de la justicia, bienaventurados los que no ponen sus ojos en el espectáculo de la miseria, bienaventurados los voluptuosos,

(4) Creemos que el autor usa la palabra *exclusivo* para dar mas fuerza á su pensamiento ó para inculcar que el amor de Dios es el único que tiene su razon en sí mismo y en el cual se funda todo otro amor en el Cristianismo: por lo demas, es bien sabido que el amor de Dios no excluye, sino antes incluye el amor bien entendido de nosotros mismos y el del prójimo. (Nota de la "Religion y la Sociedad.")

bienaventurados los poderosos, bienaventurados los que son felices en el mundo.

Si Jesucristo no es Dios, es todavía una cuestion saber si hay un Dios, por lo menos, un Dios que se ocupe del hombre y que lo castigue en esta ó mas allá de esta vida por las faltas que cometa en el tiempo.

Si Jesucristo no es Dios, tenemos una fuerte presuncion de que no hay ningun Dios. En efecto, ¿cómo, si lo hubiera, habria permitido que se le usurpara su culto por una idolatria tan y sacrilega y al mismo tiempo tan espiciosa? ¿Cómo se habria dejado robar por este nuevo Prometeo el fuego del cielo, todos sus atributos de justicia, de misericordia, de santidad, de sabiduría y de verdad?

En fin, si Jesucristo no es Dios, una revolucion inmensa semejante á la que sujetó el mundo al Cristianismo, debe sustraerlo de él; el mundo rueda en falso, y nosotros somos las victimas de un engaño de diez y ocho siglos; y todo debe reconstruirse, las costumbres, los hábitos, las instituciones, las leyes, el hombre mismo.

Por el contrario, si Jesucristo es Dios, ¡ah si es Dios! su palabra es la misma verdad, sus mandamientos son la ley del mundo, sus preceptos la regla obligatoria de nuestras costumbres, sus juicios son infalibles é inevitables.

Si Jesucristo es Dios, ¡ay del mundo, de los sensuales, de los presos, de los soberbios, de los muelles, de los infieles, de los impios, de los apóstatas!

Si Jesucristo es Dios y nosotros no lo hemos servido, adorado y amado como á Dios, él nos dirá en el dia en que será nuestro único refugio: *No os conozco.*

Si Jesucristo es Dios, es el árbitro de nuestros destinos, tiene bienes y males sin fin que distribuirnos; aun aquí abajo tiene fuerzas, consuelos y alegrías que perdemos no adhiriéndonos á él, quedando entonces locamente retirados de él en la miseria, el dolor y la vergüenza de que él es el remedio eficaz, el alivio infalible y el libertador soberano.

En fin, si Jesucristo es Dios, somos tan insensatos como culpables en despreciar su ley, en jugar con su divinidad, en conspirar contra él, en levantar contra nosotros mismos la masa abrumadora de nuestras infidelidades y rebeliones, y en hacer para nosotros tesoros de justicia en lugar de los tesoros de gracia que nos reservaba.

Hé aquí todas las consecuencias negativas ó afirmativas de la cuestion. De ella depende también en un todo la manera de ver las cosas y los sucesos de este mundo, el bien, el mal, la prosperidad, el infortunio, la vida y la muerte; así como igualmente la manera de juzgarlos, de sufrirlos, de poseerlos y de conducirnos en las mil relaciones que de ellos resultan. En efecto, toda la economía de nuestra existencia aparece necia ó prudente segun la solucion que se diere á esta cuestion; por consiguiente, ella es *prejudicial*, y cada uno debiera dedicarse á estudiarla, haciendo cesar todos los otros negocios. Aun cuando sus consecuencias se detuvieran en la tumba, sería una gran locura dar fin á la vida antes de examinar como se debiera haber comenzado; ¿qué será pues, si se atiende á que la vida actual en sí misma es la menos in-

terezante de las consecuencias de esta cuestion, que se refiere toda al porvenir que seguirá á la presente vida, porvenir irrevocable, porvenir eterno y porvenir en que podemos caer á cada paso y del cual solo estamos separados por este soplo de aire que se llama vida, por un hilo que se gasta y que el menor accidente puede cortar?

Esta pues, es la cuestion mas grande, la mas seria, la mas urgente de cuantas pueden suscitarse en la conciencia del hombre; jamas la examinariamos demasiado cerca ni con excesiva religiosidad: no es una cuestion facultativa y especulativa de que solo estén encargados el doctor, el sacerdote ó el filósofo; es la cuestion individual por excelencia, que se refiere á cada uno de nosotros segun los diversos papeles que representamos en el mundo, y que afecta en nosotros al hombre mismo, como una cuestion de salud ó de enfermedad, de vida ó de muerte, con la circunstancia de que su trascendencia va aún mas allá, porque importa el destino de la humanidad entera.

Tal es el carácter eminentemente personal y privado de esta cuestion suprema.

Ella en fin, tiene un carácter social y público que no necesito explicar: puede decirse que toda la sociedad, toda la civilizacion y todo el porvenir de la humanidad están dependientes de ella. Solo haré á este respecto una observacion.

La guerra de cien años á esta parte, para no remontarme mas alto, se halla entre la revolucion y la Iglesia: esto es evidente; y por revolucion no entiendo aqui tal ó cual revolucion en particular, sino ese espíritu antireligioso y antisocial que rechaza á Dios del mundo y la Iglesia de la sociedad. Mas siendo la Iglesia la institucion por la cual Jesucristo se afirma y reina en el mundo, la revolucion no viene á ser sino la guerra declarada ó encubierta contra Jesucristo.

Y en esta cuestion de confesar ó atacar á Jesucristo, se encuentra contenida y agitada la cuestion de Dios, de lo sobrenatural y de la religion entera. La Iglesia importa á Dios reconocido y servido por el hombre; la revolucion es el hombre emancipado de Dios, revelado contra Dios, asaltando á Dios. Estas son las dos *ciudades* cuyo cuadro trazó San Agustin en su obra inmortal, y que estando siempre en guerra bajo formas y nombres diversos, han llegado en nuestros dias á su posicion mas avanzada.

Acaso algunos de mis lectores creerán que exagero: no lo extrañaria, porque muchos espíritus de nuestro tiempo se detienen en la superficie de las cosas y atribuyen á las situaciones las intenciones que llevan á ellas. Hay en el campo de la revolucion y en diversos grados almas que están lejos de negar todo el orden divino y sobrenatural, y que reducen las cuestiones á la Iglesia ó á Jesucristo; pero que reservan la creencia en Dios, una vida futura, un freno superior sin el cual la sociedad les parecería sepultarse en los abismos.

Pues bien: ellos se engañan, en la cuestion de la Iglesia se encuentra empeñada la de Jesucristo y del Cristianismo, y en el Cristianismo, Dios y todo el orden sobrenatural.

En el fondo de todas estas cuestiones y de otras muchas que son sus co-

rolarios, no hay sino una sola: la de Dios con todas las consecuencias para la salvacion ó la ruina de las sociedades que no tengo necesidad de deducir.

“La revolucion, dice Proudhon, cree en la humanidad; la Iglesia cree en Dios.” He aquí los dos términos del antagonismo criado por la impiedad. “La Iglesia cree en Dios, repite, y cree mejor que ninguna otra secta; ella es la mas pura, la mas completa, la mas brillante manifestacion de la creencia divina; y solo ella sabe adorarlo.” [1] He aquí la razon por qué se considera necesario hacerle la guerra.

Solo la Iglesia sabe adorar á Dios y conserva en el mundo su nocion práctica; solo la Iglesia confiesa á Jesucristo, conserva su doctrina y comunica su vida; á Jesucristo que es *la forma de Dios*; [2] *la figura de su sustancia*; [3] **DIOS CON NOSOTROS**, (4) Hijo adorable del Eterno, por quien nuestras adoraciones, por relacion á la Divina Majestad, tienen un objeto infinito y se hacen dignas de él.

La Iglesia, Jesucristo, Dios: tres verdades, tres creencias, prácticamente solidarias en el mundo; que hacen que una de ellas no pueda ser puesta en cuestion sin que lo sean las otras dos y sin que lo sea el orden social todo entero. El mismo Jesucristo ha dicho á la Iglesia: “El que á vosotros desprecia á mi me desprecia, y el que me desprecia, ha añadido, desprecia á Aquel que me envió.” (5)

La guerra que se le hace unas veces es manifiesta y otras encubierta; y en cierto sentido es mas funesta cuando es oculta que cuando es manifiesta; mas funesta cuando ataca á la Iglesia, que cuando ataca á Jesucristo, que cuando ataca á Dios, porque entonces se atrae muchas inteligencias engañadas que se le apartarian si descubrieran el fondo.

Se verá pues, que Renan ha hecho un verdadero servicio á la causa del orden y del bien, corriendo el velo á la cuestion de Jesucristo, implícitamente agitada en la de la Iglesia, en tanto que como veremos, no se puede atacar la creencia de Jesucristo, sin emprender el ataque sobre la de Dios, y por esto, sobre la razon misma, y sin descubrir el verdadero fondo de la revolucion y de la impiedad, el ateísmo y la sinrazon.

Tal es la cuestion en toda su trascendencia y con todas sus consecuencias, en todos sus linderos y sus puntos de vista.

[1] De la justicia en la revolucion y en la Iglesia, tomo I. pág. 27.

[2] S. Pablo á los Filip. c. 2. v. 6.

[3] Ad Heb. c. 1. v. 3.

[4] Is. c. 7. v. 14. Math. c. 1. v. 23.

[5] Luc. c. 10. v. 16.

CAPITULO III.

MÉTODO.

(El nuestro.)

Los dos capítulos que vamos á dar sobre el método son de los mas importantes; porque ellos solos bastarán para hacer prejulgar la cuestión. En efecto, á tal método, tal tesis; á tal camino tal término.

Si un método es racional, lógico, verdadero en sus procedimientos, si da luz á la cuestión, si apela al buen juicio, al del mismo adversario, á su razón y á su conciencia; en fin, si pone en juego los principios elementales de toda convicción, de tal manera que prepare la condenacion manifiesta del que se sirva de ellos para apoyar una teoría falsa, se tienen bastantes motivos para creer que la tesis para que se emplea, es verdadera por la misma rectitud que ha presidido al método, y sobre todo por el interés de quien no teme usarlo.

Por el contrario, si un método sale de las vias comunes del raciocinio, si se concede inmunidades y se arroga dispensas; si se atrinchera en el partido que ha tomado y se da por prueba á sí mismo, si pretende imponer por el atrevimiento ó evadirse con insinuaciones; si á pesar de estas licencias se reduce á rehusar abiertamente el juicio de la conciencia y del sentido comun, y á criar por necesitarlo la causa, una moral y una lógica excepcionales, cuya aplicacion en cualquiera otra materia sería tachada de falta de probidad y de sinrazon, puede juzgarse desde luego cuál será la causa que con él se sostiene.

Mas el primero de estos métodos ha sido siempre el del Cristianismo; el segundo es el de M. Renan.

“El Cristianismo, ha dicho Fontenelle, es la única religion que tiene pruebas.” ¡Y qué pruebas! Imponentes, numerosas, variadas, capaces de hacerse sentir por toda clase de espíritus y caracteres, capaces de impresionar á un mismo espíritu en las diferentes disposiciones en que puede encontrarse, sin dejar nunca lugar á una duda legitima. Pruebas colosales, palpables, irrefragables, para quien no quiera cegarse voluntariamente: las profecías, los evangelios, los milagros, la persona de Jesucristo, el establecimiento del Cristianismo, su doctrina, sus frutos, su estabilidad y su perpetuidad invencibles en el milagro permanente y creciente de la Iglesia. E independientemente de estas pruebas fijas y generales, hechas para todos los espíritus de todos los lugares y de todos los tiempos, el Cristianismo se reserva todavía para cada siglo, y para cada evolucion del espíritu humano, pruebas enteramente especiales, que no se aprecian debidamente sino cuando llega

el momento en que se hacen necesarias y en que corresponden de una manera paralela á la tendencia de las necesidades, de las ideas y de las situaciones de la humanidad.

El Cristianismo es un sistema de fe defendido por un aparato de pruebas; la fé está en el centro de un batallon en cuadro y en marcha, que opone por todas partes á la incredulidad los argumentos históricos y de razon que dan una demostracion invencible.

Argumentos de historia y de razon, que sin tomar nada de la fe, vienen á parar en ella partiendo siempre de la razon, probando la divinidad de la institucion por los hechos, los hechos por los testimonios, y los testimonios por la escritura y la tradicion; hechos, testimonios, escritura y tradicion, como son siempre en los que reposa la historia, con la única diferencia de ser incomparablemente mas ciertos, mas verídicos, mas auténticos y garantizados, de manera que no es posible recusarlos sin ver reducirse á polvo todos fundamentos de la credibilidad humana.

En efecto: ¡qué hechos los que han bastado para convertir al mundo! ¡qué testimonios aquellos cuyos autores se dejan degollar! ¡qué escrituras, qué documentos, qué evangelios contra los cuales nada han podido diez y ocho siglos de discusion, y cuya autenticidad es confesada el dia de hoy por la critica mas subversiva! ¡qué tradicion en fin, la que se adapta inmediatamente á los evangelios por todas las iglesias de que ellos han salido y se prolonga hasta nuestros dias en la Iglesia universal.

Convengo en que no se necesitaba menos para determinar á la razon á creer y á creer cosas que por cierto no la contradicen, que aun la arrebatan cuando llega á penetrarlas; pero que le son superiores. Dios se debia á sí mismo y nos debia pruebas que no permitieran á la conciencia ilustrada dudar de su intervencion, para que despues ya no tuviera que hacer otra cosa sino creer á su palabra.

Mas al mismo tiempo que debia hacer esto, no debia amoldarse á las perversas exigencias de una incredulidad sistemática que no apela á las pruebas sino para huir de ellas, y que no busca sino pretextos para no rendirse. Dios no debia dejarse burlar del hombre.

El Cristianismo es pues, eminente y sabiamente convincente, llenando toda la medida de la conviccion humana que no se le sustrae voluntariamente.

Este carácter lo ha distinguido desde su origen. Jesucristo su autor, aun asegurando ser Dios, no pretendia dispensarse de dar las pruebas de su asercion, ni ser solo el testigo de sí mismo: *Si testimonium perhibeo de me ipso, decia testimonium meum non est verum.* [1] Colocando el primero con sus

[1] Joan. c. V. v. 31.

Testimonium meum non est verum. Estas palabras no quieren decir que el testimonio de Jesucristo no fuera verdadero en sí mismo, sino que no lo reputarian verdadero los judíos que lo escuchaban, alegando que no es digno de fe el que dá testimonio de sí mismo. Sabia Jesucristo, dice S. Agustin, que era verdadero el testimonio que daba de sí mismo; pero por los flacos y los que no le creían, añadía al suyo otros testimonios. Por esto cito, otros tres testigos: sus obras, su Padre celestial y el Precursor. (Nota de “La Religion y la Sociedad.”)